

PAFOS

La diosa Afrodita estuvo presente en la boda de Pigmalión y Galatea, y después de nueve lunas la joven dio a luz a Pafos, de quien la isla recibe su nombre.

Este es el mito tal como nos lo describe Ovidio. En otras versiones, Pigmalión se enamora de la misma Afrodita, pero la diosa no quiere yacer con él. Pigmalión suplica y ante la negativa de la diosa crea una estatua a la que venera, la habla, la besa y la acuesta en su lecho. Contenta la diosa por estas muestras de amor da alma y vida a la estatua como Galatea, que concibe de Pigmalión dos hijos: Pafos y Metarne. Pafos sería el sucesor de Pigmalión y padre de Cíniras, quien fundaría la ciudad chipriota de Pafos, construyendo un templo a la diosa del Amor.

CÍNIRAS

Habiendo sucedido a su padre en su reino de Asia, Cíniras se instaló en Chipre y fundó la ciudad de Pafos, donde gobernó muy prósperamente. Cíniras destacó también como adivino, como descubridor de las minas de cobre de Chipre y como inventor de las tejas y de instrumentos tan útiles como las tenazas, el martillo, la palanca y el yunque. Famoso por su belleza, se rumoreaba que había obtenido los amores de la propia Afrodita.

De su segundo matrimonio con Cencreis, Cíniras tuvo a Esmirna, en cuyo honor fundó la ciudad homónima de Asia Menor. Este último matrimonio fue nefasto al próspero rey: Cíniras se jactó de que su hija era más bella que la misma Afrodita y, la diosa planeó una terrible venganza. A las tres primeras hijas de Cíniras las indujo a convertirse en prostitutas, y a Esmirna le inspiró una pasión incestuosa por su padre. No pudiendo refrenar sus impulsos, Esmirna obligó a su nodriza a que emborrachara a su padre, tras lo cual se introdujo de noche en su lecho. De esta relación incestuosa nacería Adonis. Cuando Cíniras se dio cuenta de lo que había pasado, cogió una espada y trató de matar a su hija, saliendo los dos corriendo hasta un monte cercano donde Afrodita transformó a Esmirna en el árbol de la mirra haciendo que la espada de Cíniras se partiese su tronco. Desesperado, Cíniras acabó allí mismo con su vida.

LA HISTORIA DE LA SAGA DE PIGMALIÓN POR EL AUTOR LATINO OVIDIO

El festivo día de Venus, de toda Chipre el más celebrado, había llegado, y recubiertos sus curvos cuernos de oro, habían caído golpeadas en su nívea cerviz las novillas y los inciensos humaban, cuando, tras cumplir él su ofrenda, ante las aras se detuvo y tímidamente: «Si, dioses, dar todo podéis, que sea la esposa mía, deseo» —sin atreverse a «la virgen de marfil» decir— Pigmalión, «semejante», dijo, «a la de marfil».

Sintió, como que ella misma asistía, Venus áurea, a sus fiestas, los votos aquellos qué querían, y, en augurio de su amiga divinidad, la llama tres veces se acreció y su punta por los aires trujo.

Cuando volvió, los remedios busca él de su niña y echándose en su diván le besó los labios: que estaba templada le pareció; le allega la boca de nuevo, con sus manos también los pechos le toca. Tocado se ablanda el marfil y depuesto su rigor en él se asientan sus dedos y cede, como la del Himeto al sol, se reblandece la cera y manejada con el pulgar se torna en muchas figuras y por su propio uso se hace usable.

Mientras está suspendido y en duda se alegra y engañarse teme, de nuevo su amante y de nuevo con la mano, sus votos vuelve a tocar; un cuerpo era: laten tentadas con el pulgar las venas. Entonces en verdad el Pafio, plenísimas, concibió el héroe palabras con las que a Venus diera las gracias, y sobre esa boca finalmente no falsa su boca puso y, por él dados, esos besos la virgen sintió y enrojeció y su tímida luz hacia las luces levantando, a la vez, con el cielo, vio a su amante.

A la boda, que ella había hecho, asiste la diosa, y ya cerrados los cuernos lunares en su pleno círculo nueve veces, ella a Pafos dio a luz, de la cual tiene la isla el nombre.

Nacido de ella aquel fue, quien, si sin descendencia hubiese sido, entre los felices Cíniras se podría haber contado. Siniestras cosas he de cantar: lejos de aquí, hijas, lejos estad, padres, o si mis canciones las mentes vuestras han de seducir, fálteme en esta parte vuestra fe y no deis crédito al hecho, o si lo creéis, del tal hecho también creed el castigo.

Si, aun así, admisible permite esto la naturaleza que parezca, a los pueblos ismarios y a nuestro mundo felicito, felicito a esta tierra porque dista de las regiones esas que tan gran abominación han engendrado: sea rica en amomo y cinamomo, y el costo suyo, y sudados de su leño inciensos críe y flores otras la tierra de Panquea, mientras que críe también la mirra: de tal precio no era digno el nuevo árbol. El mismo Cupido niega que te hayan dañado a ti sus armas, Mirra, y las antorchas suyas del delito ese defiende: con el tronco estigio a ti, y con sus henchidas víboras, hacia ti soplo de las tres una hermana. Crimen es odiar a un padre; este amor es, que el odio, mayor crimen. De todas partes selectos te desean los aristócratas y desde todo el Oriente la juventud de tu tálamo a la contienda asiste. De entre todos un hombre elige, Mirra, solo, mientras no esté entre todos este uno.

Ella ciertamente lo siente, y lucha contra su repugnante amor y para sí: «¿A dónde en mi mente me lanzo? ¿Qué preparo?», dice. «Dioses, yo os suplico, y Piedad, y sagradas leyes de los padres, esta abominación prohibid y oponeos al crimen nuestro, si aun así esto crimen es. Pero es que a condenar esta Venus la piedad se niega, y se unen los animales otros sin ningún delito, ni se tiene por indecente para la novilla el llevar a su padre en su espalda; se hace la hija del caballo su esposa, y en las que engendró entra, en esos ganados, el cabrío, y por la simiente que concebida fue, de la misma concibe, la pájara.

Felices a los que tal lícito es. El humano cuidado ha dado unas malignas leyes, y lo que la naturaleza permite, envidiosas, sus leyes lo niegan. Pueblos, aun así, que hay se cuenta en los cuales al hijo la madre, como la hija al padre, se une y la piedad con ese geminado amor se acrece.

Desgraciada de mí que nacer no me alcanzó allí y por la fortuna del lugar herida quedo. ¿Por qué a esto regreso? Esperanzas prohibidas, ¡apartaos! Digno de ser amado él, pero como padre, es. Así pues, si hija del gran Cíniras no fuese, con Cíniras yacer podría; ahora, porque ya mío es, no es mío, y para mi daño es mi proximidad; ajena más poderosa sería.

Irme quiero lejos de aquí, y de la patria abandonar las fronteras, mientras del crimen así huya. Retiene este mal ardor a la enamorada, para que presente contemple a Cíniras, y a él le toque y hable, y mis labios le acerque si nada se concede más allá. ¿Pero más allá esperar algo puedes, impía virgen? ¿Es que cuántas leyes y nombres confundirías acaso sientes? ¿No serás de tu madre la rival y la adultera de tu padre? ¿Tú no la hermana de tu hijo y la madre te llamarás de tu hermano? ¿Y no temerás, crinadas de negra serpiente, a las hermanas, a las que con antorchas salvajes, sus ojos y sus rostros buscando, los dañosos corazones ven? Mas tú, mientras en tu cuerpo no has sufrido esa abominación, en tu ánimo no la concibe, o, con un concubito vedado, de la poderosa naturaleza no mancilles la ley.

Que él quiere supón: la realidad misma lo veta. Piadoso él y consciente es de las normas... y oh, quisiera que similar delirio hubiera en él».

Había dicho, mas Cíniras, al que la digna abundancia de pretendientes qué debe hacer hace dudar, interroga a ella misma, dichos sus nombres, de cuál marido quiere ser.

Ella guarda silencio al principio, y de su padre en el rostro prendida arde, y de un tibio rocío inunda sus luces. El de una doncella Cíniras creyendo que tal era el temor, llorar le veta, y le seca las mejillas, y besos de su boca le une. Mirra de ellos dados demasiado se goza y consultada cuál desea tener, por marido: «Semejante a ti», dijo, mas él esas palabras no entendidas alaba y: «Sé tan piadosa siempre», dice. De la piedad el nombre dicho bajó ella el rostro, de su crimen para sí misma cómplice la doncella.

De la noche era la mitad, y las angustias y cuerpos el sueño había liberado; mas a la doncella Cinireide, insomne, ese fuego la desgarra, indómito, y sus delirantes votos retoma, y ora desespera, ora quiere probarlo, y se avergüenza y lo desea, y qué hacer no halla, y como de una segur herido un tronco ingente, cuando el golpe supremo resta con el que caiga, en duda está y por parte toda se teme, así su ánimo por esa varia herida debilitado titubea, aquí y allá, liviano, e impulso toma hacia ambos lados, y no mesura y descanso, sino la muerte, encuentra de ese amor: la muerte place. Se levanta, y con un lazo anudar su garganta determina, y su cinturón, de lo más elevado de una jamba atando:

«Querido Cíniras, adiós, y el motivo de mi muerte entiende», dijo, y estaba ajustando a su palideciente cuello las ligaduras.

Los murmullos de esas palabras de la nodriza a los fieles oídos que llegaron cuentan, que el umbral guardaba de su ahijada. Se levanta la anciana y desatrancó las puertas, y de la muerte dispuesta los instrumentos viendo, en un mismo espacio grita, y a sí se hiere, y se desgarra los senos, y arrancadas de su cuello sus ligaduras destroza. Entonces finalmente de llorar tuvo ocasión, de darle abrazos, y del lazo inquirir la causa.

Muda guarda silencio la doncella y la tierra inmóvil mira y, sorprendidos sus intentos, se duele de su demorada muerte. La apremia la anciana y las canas suyas desnudando y sus vacíos pechos, por sus cunas y alimentos primeros le suplica que a ella le confie de cuanto se duele: ella, dando la espalda a quien tal preguntaba, gime; decidida está a averiguarlo la nodriza y no compromete su sola palabra. «Dime», le dice, «y ayúdame que te preste; no es perezosa la vejez mía: o si delirio es, tengo lo que con un encantamiento te sanará y con hierbas; o si alguno te ha hecho daño, se te purificará con un mágico rito; ira de los dioses si ello es, con sacrificios agradable es esa ira.

¿Qué calcule más allá? Ciertamente tu fortuna y tu casa a salvo y en su curso está: viven tu madre y tu padre».

Mirra, su padre al oír, suspiros sacó de lo hondo de su pecho, y la nodriza, como todavía no concibe en su mente ninguna abominación, sí presente, aun así, algún amor, y en su propósito tenaz, cualquier cosa que ello sea le ruega que a ella revele y en su regazo de anciana, llorando ella, la levanta y así rodeando con sus débiles brazos su cuerpo:

«Lo sentimos», dice: «estás enamorada. También en esto, deja tu temor, mi diligencia te será útil y no notará nunca tal tu padre». Saltó de su regazo furibunda y hundió en su cama el rostro; al apremiarla: «Retírate o cesa», dijo, «de preguntarme de qué sufro: un crimen es lo que por saber te afanas».

Se horroriza la anciana y sus temblorosas manos, de los años y del miedo, le tiende y ante los pies suplicante se postra, de su ahijada, y ya la entremece, ya, si no la hace cómplice, la aterra y con la delación de su lazo y de la emprendida muerte la amenaza, y su servicio le promete para ese amor, siéndole a ella confiado.

Saca ella su cabeza y de sus lágrimas llenó, brotadas, el pecho de la nodriza, e intentando muchas veces confesar, muchas veces contiene su voz, y su pudoroso rostro con sus vestidos tapó y: «Oh», dijo, «madre, feliz de tu esposo».

Hasta aquí, y sollozaba. Helado, en los miembros de la nodriza y en sus huesos, pues lo sintió, penetra un temblor y blanca en toda su cabeza su canicie se irguió, rígidos sus cabellos y muchas cosas para que expulsara sus siniestros —si pudiera— amores añadió. Mas la doncella sabe que no falsas cosas le aconseja: decidida a morir aun así está si no posee su amor.

«Vive», le dice ella, «poseerás a tu» y no osando decir padre calló, y sus promesas con una divinidad confirma. Las fiestas de la piadosa Ceres, anuales, celebraban las madres, aquellas, en que con nívea ropa velando sus cuerpos, las primicias dan de sus cosechas, de espiga en guirnaldas, y por nueve noches la Venus y los contactos masculinos entre las cosas vedadas se numeran. En la multitud esa Cencreide, del rey la esposa, se halla y los arcanos sacrificios frecuenta.

Así pues, de su legítima esposa mientras vacío está su lecho, al encontrarse ella muy cargado de vino a Cíniras, mal diligente la nodriza, con un nombre mentido, verdaderos le expone unos amores y su faz alaba; al preguntársele de la doncella los años: «Pareja», dice, «es a Mirra». A la cual, después que conducirla a su presencia se le ordenó y cuando volvió al palacio: «Alégrate», dijo, «mi ahijada: hemos vencido». Infeliz, no en todo su pecho siente alegría la doncella, y su presagio pecho está afligido, pero aun así también se alegra: tan grande es la discordia de su mente.

El tiempo era en el que todas las cosas callan, y entre los Triones había girado, obli-
cuo el timón, su carro el Boyero. Hacia la fechoría suya llega ella. Huye áurea del

cielo la luna, cubren negras a unas guarecidas estrellas las nubes. La noche carece de su fuego propio. Primero cubres tú, Ícaro, tu rostro, y Erígone, por tu piadoso amor de tu padre consagrada. Tres veces por la señal de su pie tropezado fue disuadida, tres veces su omen un fúnebre búho con su letal canto hizo. Va ella, aun así, y las tinieblas minoran y la noche negra su pudor, y de la nodriza la mano con la suya izquierda tiene, la otra con su movimiento el ciego camino explora. Del tálamo ya los umbrales toca, y ya las puertas abre, ya se mete dentro, mas a ella, al doblar las rodillas le temblaban las corvas y huyen color y sangre y su ánimo la abandona al ella marchar.

Y cuanto más cerca de su propio crimen está, más se horroriza y de su osadía le pesa y quisiera, no conocida, poder retornar. A ella que dudaba, la de la larga edad de la mano la hace bajar y acercada al alto lecho, cuando la entregaba: «Recíbelas», dijo, esta tuya es, Cíniras» y unió sus malditos cuerpos.

Recibe en el obsceno lecho su padre a sus entrañas y de doncella sus miedos alivia y la anima en su temor. Quizás, el de su edad, también con el nombre de hija la llamó, lo llamó también ella padre, para que al crimen sus nombres no faltaran.

Llena de su padre de sus tálamos se retira e impías en su siniestro vientre lleva sus semillas y sus concebidas culpas porta. La posterior noche la fechoría duplica y un fin en ella no hay, cuando finalmente Cíniras, ávido de conocer a su amante después de tantos concubitos, acercándose una luz vio su crimen y a su hija, y retenidas por el dolor las palabras de su vaina suspendida arranca su nítida espada.

Mirra huye, y con las tinieblas y por regalo de la ciega noche robada le fue a la muerte y, tras vagar por los anchos campos, los palmíferos árabes y de Panquea los sembrados atrás deja y durante nueve cuernos anduvo errante de la reiterada luna, cuando finalmente descansó agotada en la tierra Saba, y apenas de su útero portaba la carga. Entonces, ignorante ella de su voto y de la muerte entre los miedos y los hastíos de su vida, entrelazó tales plegarias: «Oh divinidades si algunas os ofrecéis a los confesos, he merecido y triste no rehúsico mi suplicio, pero para que yo no ofenda sobreviviente a los vivos y a los extinguidos muerta, de ambos reinos expulsadme y a mí, mutada, la vida y la muerte negadme». Divinidad para los confesos alguna se ofrece: sus últimos votos, ciertamente, sus dioses tuvieron, pues sobre las piernas de la que hablaba tierra sobrevino y oblicua a través de sus uñas por ella rotas se extiende una raíz, de su largo tronco los firmamentos, y sus huesos robustez toman, y en medio quedando la médula, la sangre se vuelve en jugos, en grandes ramas los brazos, en pequeñas los dedos, se endurece en corteza la piel.

Y ya su grávido útero en creciendo le había constreñido el árbol, y su pecho había enterrado, y su cuello a cubrirle se disponía: no soportó ella esa demora y yendo contraria al leño bajo él se asentó y sumergió en su corteza su rostro. La cual, aunque perdió con su cuerpo sus viejos sentidos, llora aun así, y tibias manan del árbol gotas. Tienen su honor también las lágrimas y destilada de su corteza la mirra el nombre de su dueña mantiene y en ninguna edad de ella se callará.

Ovidio, *Metamorfosis*, X, vv. 270-297 y vv. 298-502